

CAUSAS DE LOS ERRORES HISTÓRICOS

REFERENTES AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y OCEANÍA

I



Al comenzar su *Teatro Crítico* el erudito, el sabio, el eminente escritor honra de Galicia y de España entera, el beneditino Fr. Benito Jerónimo Feijóo, escribía un *Discurso* en que se proponía demostrar que es falso, completamente falso el proverbial dicho: *Voz del pueblo, voz de Dios*. Feijóo decía que la verdad no estaba sujeta al dictamen del mayor ó menor número de opiniones favorables ó adversas; Feijóo demostraba que la voz del pueblo, lo que hoy llamamos opinión pública, había aceptado como verdades, no sólo errores, sino hasta absurdos de todo punto inconcebibles; y esta demostración le servía de fundamento para acometer la empresa heroica de combatir en pro de la verdad, escribiendo aquella notabilísima serie de *Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*.

Los émulos del sabio beneditino le acusaban de arrogante y vanidoso, diciendo: ¿es posible que el P. Feijóo pretenda acertar en sus juicios, cuando estos juicios están en oposición con lo que la generalidad de las gentes, no sólo el vulgo, sino también las personas cultas y dedicadas á los estudios literarios, han aceptado siempre como verdades bien demostradas?

El P. Feijóo desoía las censuras de sus apasionados críticos y continuaba en su tarea, combatiendo sin tregua ni descanso los errores que en su tiempo apadrinaba la opinión pública y pretendía convertir en verdades indiscutibles.

El progreso de las ciencias se verifica siempre del mismo modo. La verdad es conocida por los que con asiduo trabajo se dedican á buscarla, cuando aquella luz, que según el Evangelio, ilumina á todo hombre que viene á este mundo, aclara lo suficiente su entendimiento, por permisión ó voluntad divina; y esta verdad es siempre negada en los primeros tiempos de su aparición, pero al fin prevalece, causa estado, como dicen los juristas, llega á formar parte de lo que llamaba Leibnitz, *filosofía ó sabiduría perenne*, y la posteridad se asombra de que haya sido puesto en duda lo que ya aparece á sus ojos tan claro y evidente como la luz del medio día.

Así ha sucedido con la obra de Feijóo. Casi todos los que el ilustre polígrafo consideraba como errores de sus contemporáneos, como errores están hoy universalmente considerados. Casi todas las que el P. Feijóo aceptaba como verdades filosóficas y naturales, como verdades, ó al menos, como opiniones respetables y verdaderas en su tiempo, están hoy admitidas por filósofos y naturalistas.

La voz del pueblo, no es la voz de Dios; la opinión pública no siempre acierta en sus juicios. Bueno es recordar el ejemplo del insigne Feijóo, no para tratar de establecer comparaciones, no por cierto; yo cito aquí á Feijóo, si se permite establecer semejanzas entre lo divino y lo humano, entre la religión y la ciencia, como el creyente recuerda el ejemplo del hijo de María, para abrazarse con su cruz y confortarse en sus amarguras. Así el recuerdo de los anatemas con que se pretendió ahogar la palabra del sabio Feijóo, puede alentarnos á los pocos escritores que hoy defendemos la verdad, ó al menos, lo que nosotros creemos que es verdad, en lo referente á la historia del descubrimiento y conquista de América y Oceanía, aun cuando nuestras afirmaciones susciten la crítica, más apasionada que justa, de los creyentes en la veracidad absoluta de Lamartine, Irving, Roselly de Lorgues y demás creadores de la leyenda colombina.

Bien sé que lo que yo he dicho en mis artículos y en las conferencias que he dado en el Ateneo de Madrid y en el Centro Militar acerca de la historia del descubrimiento de América y Oceanía no está de acuerdo con las opiniones admitidas como verdaderas por la inmensa mayoría de los historiógrafos que han tratado del dicho asunto; bien sé que mis escritos y mis conferencias han excitado las iras de muchos críticos, y que la prensa periódica, con benevolencia grande respecto á lo que personalmente me concierne, benevolencia que agradezco muy de veras, se ha mostrado casi unánime en la desaprobación de las ideas por mí expuestas al tratar de la conducta seguida por el Comendador Bobadilla en el gobierno de la isla Española y del cumplimiento del contrato celebrado entre los Reyes Católicos y el primer Almirante de las Indias Occidentales.

Persistir en presentar como verdades mis afirmaciones, sabiendo que la opinión pública las condena como funestos errores, podrá dar motivo á que se repita contra mí la acusación de vanidosa arrogancia, que contra Feijóo lanzaban sus censores; pero esta adhesión inquebrantable que cada persona manifiesta á lo que juzga verdadero, es condición general del espíritu humano, y por lo tanto, no cabe condenarla

como vicio individual, ni enaltecerla como virtuoso heroísmo. La demostración de esta verdad es muy sencilla. Los más recientes tratados de geografía afirman que de cada cien habitantes de la Tierra hay quince católicos y ochenta y cinco pertenecientes á las demás religiones. ¿Vacila la fe del católico al saber que la inmensa mayoría de sus semejantes considera falsa la religión que profesa? Ciertamente que no; cree en la verdad del dogma católico sin preocuparse de si son muchos ó pocos los que participan de su creencia.

Los tratados de geografía no dicen la proporción en que se hallan los librepensadores con los creyentes religiosos; pero bien sabido es, que si en Madrid y en otras capitales europeas parece que no faltan personas que viven separadas de toda fe religiosa, es lo cierto que la inmensa mayoría de los seres humanos creen y adoran á Dios conforme á lo que sus padres les enseñaron, y siguen la religión de Cristo, como católicos ó protestantes, la de Buda, Zoroastro, Moisés, Mahoma, ó son idólatras naturalistas ó espiritualistas; en suma, la religión en sus distintas formas, desde las más groseras idolatrías, hasta los más sublimes dogmas del cristianismo, atrae al espíritu humano, con tanta fuerza, que casi nunca es vencida por los razonamientos de la incredulidad filosófica. No parece aventurado suponer que por cada mil seres humanos podrá haber un librepensador; y sin embargo, los librepensadores no cambian de convicciones, á pesar de que saben que estas convicciones están consideradas como absurdos, y hasta como impíos errores, por la inmensa mayoría de los seres humanos; mayoría entre la cual se hallan sabios y escritores ilustres que viven en el seno de la Iglesia católica ó de las confesiones protestantes.

Véase, pues, como esta al parecer especial situación en que nos hallamos los poquísimos adversarios de la leyenda colombina, es la misma en que se encuentra el católico ó el librepensador que lea este artículo; porque los católicos son un 15 por 100 y los librepensadores quizá menos de 1 por 1.000 comparados con la suma total de los habitantes de la Tierra.

Pocos somos, muy pocos, los que habiendo consagrado nuestras tareas al estudio de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, nos parece que en esta historia, tal como hoy se halla escrita, abundan los errores cuanto escasean las verdades, y que es necesario un trabajo de paciente investigación y estudio para averiguar bien los hechos, y sobre esta base poder emitir juicios que se hallen de acuerdo con las eternas leyes de la razón aplicables á la ciencia de la Historia.

No sin intención he escrito la ciencia de la Historia; porque hasta el siglo presente había sido la Historia relación fragmentaria de la vida de los pueblos, en que sólo aparecían los hechos más culminantes, cambios de las instituciones políticas, grandes batallas, ruinas de imperios, asesinatos de reyes, triunfos de conquistadores; en suma, era la Historia algo de historia política, sin concepto de la política; algo de historia militar, sin estudio técnico de la milicia; algo de biografía de los príncipes y varones ilustres, sin concienzudo análisis de sus cualidades y defectos. La pluma de San Agustín escribiendo la *Ciudad de Dios*, la de Bossuet, la de Vico y otras que no necesito

recordar, señalaron el concepto filosófico de la Historia; y así nació una *ciencia nueva*, como decía Vico, la filosofía de la Historia.

Los historiadores del siglo XIX han visto que la Historia, separada de todo concepto filosófico, degenera en relación de hechos más ó menos dramáticos, ó de curiosa averiguación, pero de muy escasa cuando no inútil enseñanza; pero también han visto que la filosofía de la Historia, desdeñando el estudio de los hechos, solía engendrar sistemas tan falsos como brillantes, sistemas propios para deslumbrar la inteligencia, pero del todo ineficaces para la dirección de la vida y la enseñanza de los pueblos, grandiosos fines á que aspira la ciencia de la Historia.

Los historiadores que mayor renombre han alcanzado en la época presente no niegan la posibilidad de la filosofía de la Historia; no niegan que se puedan llegar á saber las leyes generales que rigen el nacimiento, vida y transformación de los pueblos y de las civilizaciones; pero dicen, y dicen bien, que la base para esta averiguación es el exacto conocimiento de los hechos y la recta interpretación de estos hechos en su sentido general y humano; conocimiento é interpretación de que todavía nos hallamos muy distantes. Por este camino, la Historia, que se había considerado por los preceptistas como un género intermedio entre la ciencia y el arte literario, hoy se transforma en verdadera ciencia, aun cuando siempre conserve en sus relatos de las acciones heroicas y de las catástrofes de los pueblos, sitio adecuado para que el historiador luzca las galas de la elocuencia y los encantos de la poesía.

La rigurosa investigación científica es el carácter que distingue á las obras de los modernos historiadores, que prefieren la monografía á las obras de larga extensión, porque sólo mediante estudios parciales es como puede apurarse la materia y llegar al exacto conocimiento de la verdad, hasta en sus últimos pormenores.

Y aquí llego al punto concreto que me propongo tratar en el presente escrito. La primera causa de los errores históricos referentes al descubrimiento de América y Oceanía consiste en que hasta la hora presente no se ha publicado ninguna monografía en que se relate aquella empresa, llevada á cabo por los portugueses y por los españoles durante dos siglos, espacio de tiempo reducido por el vulgo á los diez años que mediaron desde el primero al cuarto y último viaje de Cristóbal Colón.

En hora funesta un extranjero, un francés, consiguió fundar la monarquía portuguesa; en hora funesta la muerte hizo fracasar los planes de los Reyes Católicos para que una misma cabeza ciñese las coronas de Castilla, Aragón y Portugal; la división en dos naciones de los hijos de la Península Ibérica, dividió también en dos la historia peninsular, y así los historiadores portugueses relataron los viajes de los valerosos marinos que doblaron el cabo de Non, el de Bojador, y, por último, el de Buena Esperanza, y de los que descubrieron las islas de Porto-Santo, Madera y las Azores, y los historiadores españoles, prescindiendo de estos necesarios preliminares de la empresa de Colón, comienzan su relato en el famoso día 3 de Agosto de 1492, y lo suelen terminar refiriendo las conquistas del Perú, de Méjico y de Chile, sin dar importancia al viaje de circunnavegación de Magallanes y Elcano, y olvidándose casi por

completo de los descubrimientos realizados á fines del siglo XVI y primeros años del siguiente siglo por Mendaña, Torres y Quirós.

Parece que la Providencia quiso reunir el esfuerzo de los portugueses y de los españoles en la empresa de llevar á feliz remate el total conocimiento del planeta en que vivimos.

Fácil es de observar que preceden á las navegaciones dispuestas por el infante Don Enrique de Portugal las de los vascongados, catalanes y andaluces en el Océano; que es director de estudios, digámoslo así, de la escuela de Sagres un español, Jaime de Mallorca; que Cristóbal Colón perfecciona en Portugal sus conocimientos náuticos y halla en España la protección necesaria para llevar á cabo sus viajes y descubrimientos; que Alvarez Cabral, portugués, toca en las costas de América pocos años después que las naves españolas, al mando de Colón, habían arribado al mismo continente; que el primer viaje de circunnavegación lo comienza el portugués Fernando de Magallanes y lo termina el español Juan Sebastián de Elcano; y, por último, que los descubrimientos geográficos que completan el conocimiento de Oceanía los realizan el español Alvaro de Mendaña y el portugués Pedro Fernández de Quirós. Así puede decirse, con verdad, que el descubrimiento de las tierras y mares de América y Oceanía, que ocupan, según afirma el insigne geógrafo Reclús, las cinco sextas partes de la superficie de la tierra, es la obra de la raza ibérica, obra que se empequeñece, obra que se reduce á los estrechos límites de una gloriosa aventura, cuando, olvidando lo que sucedió antes del 12 de Octubre de 1492 y después del 20 de Mayo de 1506, se dice que el descubrimiento de América es debido exclusivamente al genio de Cristóbal Colón. No, en verdad; obra es de la raza ibérica, hay que repetirlo una y muchas veces; obra es de Portugal y de España el descubrimiento, colonización y conquista de América y Oceanía; obra gloriosísima en que tomaron parte, al par de Cristóbal Colón, sin que esto disminuyera la grandeza de su personal iniciativa, insignes príncipes, sabios cosmógrafos, valerosos navegantes y expertos capitanes; y cierto es que de no haber existido estos príncipes, cosmógrafos, navegantes y capitanes, el genio de Colón no habría podido hacer en pocos años lo que ha necesitado dos siglos de asidua labor, en que pusieron sus manos y su entendimiento, como dice Mendoza, los más preclaros varones, honra y prez de Portugal y de España.

Desconocimiento del carácter hispano-portugués, y, mejor dicho, desconocimiento de la unidad étnica que rige la historia durante los dos siglos en que se realizó el descubrimiento y conquista de América y Oceanía, tal es el primero y el más grande de los errores que ha dado origen á esa fábula, tan bella y poética como destituida de todo sólido fundamento, que hoy se refiere como verdad comprobada en los compendios de la llamada Historia Universal y en los diccionarios enciclopédicos de historia y geografía.

Tan desconocida ha estado en España y fuera de España la importancia y grandeza del descubrimiento del Nuevo Mundo, que el enciclopedista Mr. Masson se permitió preguntar qué había hecho España para contribuir al progreso de la civilización,

y el abate Denina, y el presbítero Cavanilles, y el elocuente Forner, buscaron datos y revolvieron bibliotecas, procurando demostrar la valía de nuestros filósofos, juriscultos, matemáticos, poetas; en suma, el mérito de nuestros grandes escritores, científicos y literarios, y su acción benéfica en el progreso de las ciencias y de las letras, y no se limitaron á contestar, como pudieron y debieron hacerlo:—España, la Península Ibérica, desde principios del siglo xv hasta los primeros años del xvii, ha realizado la magna empresa de dar á conocer todo el hemisferio Occidental y la mayor parte del hemisferio Oriental, donde se considera situado el que suele llamarse Mundo Antiguo, compuesto de Asia, Europa y África.

Pero aún más: en este siglo xix, hace pocos años, el célebre Mr. Guizot ha dicho que la historia de la civilización se podía escribir sin mencionar para nada á España ni á los españoles. Notable sería la historia de la civilización en que se pasase en silencio el mayor de los descubrimientos por los hombres realizados; descubrimiento que no sólo nos ha servido para conocer el planeta donde habitamos, sino que, como observó Humboldt, ha ejercido influencia en todas las esferas del pensamiento humano, aun las que parecen más alejadas de su peculiar índole, como la religión y la filosofía especulativa.

Absurdo es el aserto de Mr. Guizot que acabo de citar; pero se explica que los extranjeros no hayan comprendido la grandeza é importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando se recuerda que un erudito y sabio, tan erudito y tan sabio como lo era el P. Enrique Flórez, dice en su *Clave Geográfica*: «Nuestra España no ha sido *la que menos* (!la que menos!) ha promovido esta ciencia, pues dejando *aparte* (dejar es) lo que las naciones deben á la solicitud de un español, Pomponio Mela, y el conocimiento que nos deben de la América é Indias Orientales (*sic*), no es menos el esmero con que nuestros monarcas se aplicaron á la promoción de estos estudios.»

No más que esta ligerísima mención hace el P. Flórez, en un libro que estaba especialmente dedicado á divulgar los conocimientos geográficos, del hecho que constituye la base de la geografía moderna, el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Acertadamente procedió la Junta directiva del Centenario del descubrimiento de América al abrir su certamen literario, diciendo:

«Aunque abundan las historias de América, de viajes y descubrimientos, de la ciencia de la geografía y de los establecimientos de los europeos en las más remotas regiones del mundo, no hay libro que exponga, como se puede, el combinado concurso de las dos naciones de la Península Ibérica, las cuales, desde principios del siglo xv, con firme propósito, con reflexión y tenacidad maravillosas, llevan á cabo la exploración de vastos continentes é islas, atraviesan mares no surcados antes por nave alguna de pueblo cristiano, y obtienen á porfía casi el completo conocimiento del mundo en que vivimos... En toda esta acción entra por poco lo fortuito. La serie progresiva de los descubrimientos geográficos, debidos á persistente premeditación y no al acaso, se inaugura en Sagres por el infante Don Enrique y por su ilustre piloto

Jaime de Mallorca. Desde entonces hasta que se hacen patentes la forma y magnitud del globo terráqueo, bien pudo jactarse Pedro Núñez de que lo más se obtuvo no yendo á ver si se acertaba, «sino que nuestros mareantes partían muy enseñados y »provistos de instrumentos y reglas de astrología y geografía, que son las cosas de »que los cosmógrafos han de andar apercebidos...» El punto culminante en el progreso de tan hermosa historia se fija en el día 12 de Octubre de 1492, cuando Colón fué el primer europeo que puso la planta en las tierras intertropicales del Nuevo Mundo; pero tal hecho, *sobre el valor que tiene considerándole aislado* como efecto de la inspiración individual de un marino y del generoso entusiasmo de la reina que le proteje, *cobra vâlor más alto* si se le considera en el conjunto de la acción total y en el desenvolvimiento del propósito de reconocer todo el globo y de extender por él el nombre de Cristo con la civilización europea.»

Desconociendo por completo la verdadera historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, tan claramente presentada por la Junta directiva del Centenario en los párrafos de la convocatoria que acabo de transcribir, se ha ido formando la leyenda colombina, en que aparece Cristóbal Colón, ya como un santo para el conde Roselly y sus secuaces, ya como un sabio para Lamartine y sus admiradores, que, por inspiración del cielo según los creyentes, ó de su genio según los incrédulos, adivinó la existencia del Nuevo Mundo y realizó su descubrimiento, porque, aun cuando no hubiesen existido aquellas tierras, Dios las habría creado para premiar la fe del santo ó del sabio, según afirma Schiller en una notable poesía, que recientemente ha traducido al castellano el señor marqués de Valmar.

Así á veces la poesía sirve al error, y este hecho explica (aunque no justifique) lo que Platón deseaba que se hiciese con los poetas en su ideal *República*.

Luis VIDART